



Byung-Chul, Han. *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder, 2013, 96 pp.

En las últimas décadas, el discurso de la transparencia se ha abierto camino en los diversos ámbitos de actuación del ser humano, desde la cosmología política donde se exige como condición *sine qua non* para el correcto ejercicio del poder, hasta nuestras interacciones sociales en las que intervienen, inevitablemente, retales de nuestro ser más privado. En todos los casos, la exigencia de transparencia se asimila a “corrección”, “veracidad”, “objetividad”, “acceso ilimitado a la información” y se interpreta como “buena voluntad” del otro. En suma, su incursión en cualquier escenario del desempeño humano es vista con buenos ojos, dando a entender que se otorga el control al individuo y que este dispondrá de los datos y el contexto necesarios para tomar decisiones. Se opondría así a “aquello que queda oculto a la mirada”, “que no es accesible” o “no aparece estructurado para ser comunicado, ni comprendido”, sugiriendo, incluso, el engaño vilmente perpetrado. Sin embargo, “transparente” no es más que aquello accesible a la vista y que, tras la intervención humana, aparece por esencia mediado o configurado para obtener un determinado significado. Así, perdidos entre los retruécanos del lenguaje, equiparamos “querer saber” con “accesibilidad total” y, por extensión, alimentamos la máquina de una tiranía que convierte al ser humano en víctima de su propia creación: bienvenidos a la sociedad de la transparencia. En este contexto, la inmanencia de lo igual se convierte en la norma y aspiración, paradigma imperante que está cambiando con talante sibilino pero constante la sociedad occidental, así como la manera de conceptuarse del propio ser humano. La omnipresencia del vocablo es tal, que sienta las bases de una “sociedad positiva”, un infierno de lo visible en el que todo tiende a la homogeneización.

Byung-Chul Han recurre a pensadores como Agamben, Barthes, Baudrillard, Benjamin, Kant, Nietzsche, Rousseau, Sennett, Simmel o Žižek para desbrozar el camino hacia ese fenómeno que está acabando con la alteridad inherente a la propia esencia humana y que actúa domando cualquier resquicio de resistencia contra ese silente cambio social. Esta operación contra la diversidad y que devalúa la humanidad entera, encuentra su reflejo en lo material: “Las cosas se tornan transparentes cuando se despojan de su singularidad y se expresan completamente en la dimensión del precio. El dinero, que todo lo hace comparable con todo, suprime cualquier rasgo de lo inconmensurable, cualquier singularidad de las cosas. La sociedad de la transparencia es un infierno de lo igual”. Pero también se vierte, por ende, en el ámbito de realización de la persona, esto es, su esfera íntima:

“Precisamente la falta de transparencia del otro es lo que mantiene viva la relación [...] Una relación transparente es una relación muerta [...] sólo lo muerto puede ser transparente”. El fenómeno, no obstante, va más allá y desemboca en un discurso liso, vacío, sin posibilidad de réplica o espacio para la crítica y la reflexión, atribuciones estas últimas tan profundamente humanas. De este modo, lo que antes se nos mostraba bajo las lentes del conocimiento ilimitado, deriva consecuentemente en la “sociedad del control”, aquella que “se consume allí donde su sujeto se desnuda no por coacción externa, sino por la necesidad engendrada en sí mismo, es decir, allí donde el miedo de tener que renunciar a su esfera privada e íntima cede a la necesidad de exhibirse sin vergüenza” (pp. 89-90). Es así como, imbricados en el sistema, observamos que la ecuación de la vuelta: no ha nada ético en nuestra obsesión por el mundo accesible, caminamos sumisos ante la coacción continua por tornarlo todo visible, llegando al extremo en el que el propio sujeto se convierte en mercancía (pp. 46, 48, 51). Imposible obviar aquí las alusiones a Benjamin y la dicotomía entre el valor de lo expositivo frente a la esencia en sí de la existencia. Tampoco se olvida, como suele ser recurrente en todos los discursos sobre vigilancia, la mención al *Panoptico* de Bentham.

Para finalizar su exposición, el autor intenta arrojar luz sobre las causas que anteceden a la eclosión de la nueva sociedad. Según Byung-Chul Han, las raíces del fenómeno se remontan al siglo XVIII, época en la que el afán por acabar con la doble moral se entiende como la necesidad de establecer un comportamiento ejemplar tanto en las interrelaciones sociales, como en los momentos apartados del escrutinio público. Sobra apostillar que muchas de las líneas de pensamiento que Han inicia en su escrito nos ayudan a entender la concepción del sujeto en el s.XXI, una visión que, tal y como discurre a lo largo de este corto pero imprescindible texto, nos invita a optar por “la actitud de la distancia”: “La distancia y la vergüenza no pueden insertarse en el ritmo acelerado del capital, de la información y de la comunicación” (pp. 15-16).

Byung-Chul Han es un filósofo alemán de origen coreano. Estudió Filosofía en la Universidad de Friburgo y Literatura Alemana y Teología en la Universidad de Munich. En 1994 obtuvo su título de Doctor en la primera de las citadas universidades, con una tesis sobre Martin Heidegger. Autor de más de una decena de títulos, su crítica se completa con otras obras indispensables, recientemente traducidas al castellano, como “La sociedad del Cansancio” o “En el enjambre”. Actualmente, es profesor de Filosofía y Teoría de los medios en la Escuela Superior de Diseño de Karlsruhe.

Amaya Noain Sánchez